



EL ANGEL DEL CASTILLO.

I.

ERA en 1360. El caballero Fernando del Pulgar, antiguo jefe de caballería, después de pelear con denuevo, distinguiéndose en cuantas guerras había tomado parte, se retiró á su castillo, situado en el riñon de Castilla, y cuya vista damos á nuestros lectores. En él vivia feliz y tranquilo, compartiendo con su virtuosa consorte los cuidados que exigian la juventud y educacion de su hija.

Edelmira, que así se llamaba la jóven, descendiente de una familia noble, rica y poderosa, querida de



sus padres, cuya alegría era, venerada en todas las aldeas circunvecinas donde se complacia en distribuir sus economías á los pobres, y consuelos á los enfermos, habia obtenido el sobrenombre del *Angel del Castillo*, y todos la miraban como á uno de esos seres destinados á no experimentar la menor tribulacion en el curso de su vida. Sus padres soñaban con las gracias de su hija, cuando la guerra civil encendida entre Don Pedro el Cruel y su hermano Don Enrique de Trastamara fué á derribar el edificio de su bienandanza.

Don Pedro llamó á Fernando del Pulgar, y como la gratitud le mandaba defender á su bienhechor, á pesar de las lágrimas de su esposa, y la viva ternura que profesaba á su hija, despidióse de su familia y de sus amigos, y tomó el camino de Andalucía.

Durante todo el tiempo que duró la lucha entre los dos encarnizados hermanos, Fernando del Pulgar no se separó de su rey; pero despues de la sangrienta catástrofe de 1368, muerto Don Pedro á manos de Don Enrique en los campos de Montiel, se disponia á dar la vuelta á su castillo el bueno de Pulgar, cuando un amigo suyo le dió aviso de que el nuevo rey habia decretado su prision, aconsejándole que huyese, como así lo hizo el valiente castellano.

Hasta aquella época habia recibido la esposa noticias frecuentes de su marido; pero de pronto cesó la comunicacion que reinaba entre ambos esposos, y todas las mañanas preguntaba Edelmira á su madre si su padre habia enviado algun mensajero.

Esta pregunta turbaba no poco á la afligida castellana, la cual respondia:

«Estará muy ocupado tu noble padre, y no tendrá tiempo para darnos noticia de su salud.

—Entonces puede ser que mañana llegue algun enviado.

—Sí, lo espero para mañana.»

Y la pobre niña, satisfecha con esta respuesta, pedia un beso á su madre y se iba á regar las flores del jar-

din, pensando poder regalar á su padre las primeras que brotasen. En seguida iba á jugar al lado de su madre, saltando y corriendo como una loca.

Esta dulce escena fué interrumpida por la llegada de Sancho, fiel escudero de Fernando del Pulgar, que iba á anunciar el destierro y la proscripcion de su señor. Cuando la castellana supo tan fatal nueva, sintió tal conmocion que le faltaron las fuerzas, y cayó sin movimiento en brazos de su hija. Esta lanzó un grito desgarrador, acude la gente del castillo, cercan á la castellana, y la prodigan todos los socorros posibles para volverla á la vida. Cuando abrió los ojos se halló en su aposento, y vió á su hija arrodillada delante de su lecho, llorando y pidiendo á la Virgen María que le conservase á su madre.

«Hija mía, tu padre!...» la dijo estrechándola contra su seno, y los sollozos no la permitieron decir mas. El capellan del castillo, que tambien era médico, encontró á la castellana muy mala, y dijo: «las distracciones y la tranquilidad pueden salvar á nuestra noble señora; pero la menor conmocion la mataría.

—Oh! gracias, respondieron cien voces; ahora estamos seguros de salvar á nuestra bienhechora.

Edelmira encontraba bastante fuerza en su alma juvenil para presentarse siempre en la cabecera de la cama de su madre con la sonrisa en los labios, para resistir al pesar que le causaban la ausencia de su padre, y la presencia de su madre enferma, así como á la fatiga del no dormir; y cuando sus párpados se cerraban involuntariamente, la pobre niña jamás dejaba á su madre sin haberla visto tartamudear una bendicion que su corazon sabia adivinar.

Un dia que la castellana se encontraba mejor, apoyada en su hija se dirigia al jardin, cuando de pronto oyó un ruido sordo. Párase á escuchar, y el ruido se aumenta hasta que ve entrar á un hombre pálido y sin aliento.

«Oh! ¿eres tú, mi buen Sancho? dime ¿qué es eso? Dios mio, que pálido vienes!

—No es nada, señora; pero en nombre del cielo ponéos en salvo.

—¿Qué nueva desgracia nos amenaza?

—Un peloton de soldados del bastardo ha invadido el castillo: rotas las puertas, han penetrado en los corredores, y ya se oye el ruido de las armas: huid! huid!

—¿Y mi madre?... antes morir que abandonarla!

—Mi padre debe venir por la puerta secreta que conduce al jardin, y os llevará á la aldea inmediata, donde estareis en seguridad. Venid en nombre del cielo, porque la menor tardanza puede perdernos. Lllaman á esta puerta y voy á abrir, pues debe ser mi padre.

Sancho descorre el cerrojo, y se presenta un sayon de tez cobriza.

«No soy yo á quien esperabas, lo sé, dijo con espantosa sonrisa: pero me he adelantado á tu padre, el cual ya está preso.» Despues, dirigiéndose á la castellana, que parecia como atontada: «este castillo pertenece á mi rey y señor, y os doy dos dias para que salgais de él.»

En seguida se retiró á la hospedería comun, despues de colocar centinelas en todas las salidas, con órden de que no dejasen entrar á nadie.

Media hora despues decia la castellana á su hija con voz débil:

«Edelmira, este último golpe me ha matado.

—Madre mia! mi buena madre!

—Acércate mas, deja que te estreche contra mi corazón, y no apresures con tu dolor los pocos instantes que he de pasar contigo. He sufrido mucho desde que partió tu padre, y tú has sido testigo de mis penas, pero solo has visto una parte de ellas. Quiera el cielo que yo haya sufrido por los dos, y que puedas decirme cuando nos volvamos á ver: «he sido feliz en la tierra.» Sé prudente y buena, y el cielo te protegerá volviéndote á tu padre, el único apoyo que ha de quedarte en este mundo, pues por lo que hace á mí, ya ha llegado mi última hora.

—Oh! no, no morireis, noble madre mia!

—Tu llanto no podría volverme á la vida.... no te olvidaré en el cielo.... Adios, hija mia, que el cielo te bendiga, adios!

—Dios mio! exclamó la pobre Edelmira sollozando y estrechando en sus manos un crucifijo, ¿qué haré en el mundo sin mi madre? Devolvédmela, ó dejad que muera yo tambien!

Apenas habia acabado su plegaria, perdió el conocimiento, y cayó en tierra.

Sancho, á quien se habia llevado el sayon, logró escaparse, y dirigiéndose al dormitorio de su señora, encontró en él dos cuerpos: uno solo era un cadáver, y otro respiraba apenas. Gracias á sus cuidados, Edelmira no tardó en recobrar su sentido, y conducida por el camino secreto á la aldea inmediata, vivió muchos meses con una honrada familia á quien sus padres habian prestado grandes servicios.

Un día le anunciaron la llegada de la señora de Almodovar, unida á la familia de Fernando del Pulgar por los lazos del parentesco y de la amistad. Habiendo sabido la noble señora la desgracia de Edelmira, quiso servirla de segunda madre, y además tenia que darla una noticia.

Cuando esta supo que iba á buscarla para llevarla á la corte, donde podría ver á su padre, exclamó Edelmira:

—¿Con que podré verle? Oh! decidme que no es una ilusion.

—No, hija mia, tu padre está en la corte.

—Oh! partamos, partamos! Escelentes amigos, añadió abrazando á sus bienhechores, jamás olvidaré lo que os debo.

Y se pusieron en camino.

II.

Muchos dias habian transcurrido desde la llegada de Edelmira á la corte, cuando una mañana que ha-

blaba con su noble parienta de su padre, oyó pregonar en la calle lo siguiente:

«Esta es la justicia que manda hacer el rey Don Enrique II, condenando á muerte al conde de Pentaña...»

La señora de Almodovar se acercó á Edelmira, procurando distraer su atencion.

«Dejadme escuchar, dijo Edelmira, y oyó que el pregonero concluia así.

....Fernando del Pulgar, marqués de Villademon.»

—Mi padre! mi padre! Dios mio! y yo no estoy allí para defenderle, para consolarle! Oh! dejadme salir.

Y se lanzó á la calle, dirigiéndose hácia el lugar del suplicio. Al llegar á la plaza vió á su padre entre una compañía de soldados, vestido con su brillante traje de guerra. Inmediatamente lanzó un grito: él oye la voz de su hija, vuelve la cabeza, la conoce, se precipita á través de las partesanas, y va á caer en sus brazos.

—Padre mio, padre mio!

—Separadlos, exclama el jefe de la escolta.

—Oprobio al que se atreva á arrancarme de sus brazos! separarnos? Sola contra todos sabré defender á mi padre, y no llegareis á él siuo despues de haberme atravesado el corazon.

—Querida hija! dijo el caballero cubriéndola de besos y bañándola con sus lágrimas; te doy gracias por estos momentos de felicidad que me proporcionas, y te bendigo per la última vez.

—Oh! no, padre mio, mi desesperacion conmoverá á todos los corazones, y no se atreverán á ultrajar á la naturaleza.

Los soldados hicieron un movimiento como para arrastrar al sentenciado, y ella cayó de rodillas delante del jefe de la escolta, diciendo:

«Perdon, perdon para mi padre! Si necesitais una víctima, aquí estoy yo, pero dejad libre á mi padre.»

Los soldados se miraban llenos de respeto al ver tanta energía y semejante dolor, cuando de pronto se oyó una voz entre la multitud que decia:

«El rey, solo el rey puede perdonar!»

Edelmira lanzó un grito de alegría, y sin pensar en obstáculos ni dificultades, corrió á palacio. Decir como logró entrar á la cámara del rey, sería prolijo; baste saber que se encontró frente á frente con el matador de Don Pedro.

«Señor, le dijo arrojándose á sus pies, perdon para mi padre.»

Sorprendido Enrique con tan brusca aparicion, la miró con desconfianza; pero á poco la dijo:

— Ignoro lo que quieres, retírate, porque estoy ocupado.

— Ah señor, vengo á pedir que perdoneis á mi padre.

— ¿Quién eres?

— La hija de Fernando del Pulgar.

— Ah! sí, un traidor á quien han cogido en la frontera.

— Señor, mi padre es un valiente, y los valientes jamás hacen traicion.

Enrique no pudo menos de dar á conocer en su semblante lo mucho que le habia agradado semejante respuesta, y animada la jóven prosiguió:

— Mi padre es inocente, me lo dice el corazon: no ha cometido otro delito que defender á su soberano.

— Lo creo, dijo el generoso monarca levantando á Edelmira; me he propuesto olvidar lo pasado, y así corre á anunciar la libertad de tu padre.

Poco faltó para que la jóven se desmayase; pero el peligro en que se hallaba su padre la dió fuerzas, y corrió hácia la plaza, llegando á ella precisamente cuando Pulgar iba á poner el pié en la escalera del patíbulo. Edelmira se arrojó á su cuello sin poder pronunciar una palabra, porque los sollozos la ahogaban.

Detrás de ella llegó un ujier de palacio con el perdón del rey, y declaró en alta voz que el caballero quedaba libre.

«Noble y digna criatura, exclamó Pulgar estrechan-

do á su hija contra su corazón ; solo Dios puede recompensarte como mereces.»

Al atravesar padre é hija por en medio de la multitud , los soldados bajaron sus partesanas y sus alabardas en señal de respeto , y la gente del pueblo formó calle para dejarlos pasar. La virtud y la inocencia triunfaron aquella vez , y por la noche contaba el caballero á su parienta , la noble señora de Almodovar , lo que su magnánima hija habia hecho para arrancarle á la muerte y volverle á la libertad.

Poco tiempo despues le devolvió Enrique sus estados , y Edelmira tornó á ser el *Angel del Castillo*.



HISTORIA SAGRADA.

REINADO DE EZEQUIAS.

I.

Arrepentimiento del pueblo.

La caída del reino de Israel que tuvo lugar doscientos cincuenta años despues de la separacion de las

diez tribus, dejó al reino de Judá sin temor por este lado; porque aunque ese miserable pueblo merecia la cólera del Señor, éste retardó en su bondad infinita el momento de su castigo.

Ezequias sucedió al impío Achaz, su padre, y encontró la religion reducida al mas vergonzoso envilecimiento, prohibida á los fieles la entrada en el templo, abandonado por los sacerdotes y levitas el servicio del culto, robados ó convertidos en ídolos los vasos sagrados, el incienso quemado en honor de los dioses falsos en todas las calles y plazas públicas, y sus altares humeando con la sangre impia de las víctimas proscritas.

Esta terrible profanación espantó al príncipe.

Mandó abrir las puertas del templo, reunió á sacerdotes y levitas, y les aconsejó emprendiesen de nuevo el servicio del verdadero Dios.

«Con vuestro celo, les dijo, podeis aplacar ahora la cólera del cielo pronta á caer sobre vosotros; volved este pueblo á la virtud con el ejemplo de vuestro celo; purificadle de los crímenes que ha cometido, y secundad mis proyectos, porque quiero renovar solemnemente nuestra alianza con el Señor dios de Israel.»

Pronto llegó á oídos del pueblo este discurso de Ezequias, y fue por decirlo así la señal de la pública conversion.

Purificóse el templo, volvióse á levantar el altar y se repararon los vasos sagrados.

Entonces avisó Ezequias á los príncipes del pueblo que se encontrasen en la casa del Señor al día siguiente muy temprano, á fin de espiar sus culpas pasadas y renovar públicamente la promesa de la sagrada alianza.

Inmoláronse víctimas, y su sangre corrió sobre el altar, y Ezequias, los príncipes y el pueblo imploraron al Señor, pidiéndole el perdon de sus culpas.

Al ver semejante arrepentimiento, Ezequias sintió una alegría infinita, y resolvió traer á la virtud el resto

de su pueblo, como habia hecho con el de Jerusalem. Envió diputados á todo Judá y aun á Israel para convocar el pueblo á la celebracion de la pascua.

La corrupcion era tan grande que sacó poco fruto de estos pasos, pues el pueblo de Israel, á pesar de los castigos que habia recibido á causa de su impiedad, no quiso acceder á la invitacion de Ezequias.

Los hijos de Benjamin y de Judá recibieron, al contrario, con alegría la proposicion, y acudieron de todas partes á Jerusalem, empezando la celebracion de la pascua.

El santo rey todo lo animaba con su ardor y celo, y la fiesta duró muchos dias.

Cuando se terminó, el pueblo, avergonzado de sus antiguos crímenes, derribó por todas partes á los ídolos que habia adorado.

II.

Sennaquerib ataca á Ezequias.

El ejemplo del santo rey influyó sobre sus súbditos, admirando todo Judá su piedad y virtud.

Trabajando de este modo por la gloria del Señor, Ezequias no olvidó lo que debia á sus súbditos y al gobierno de sus estados. Se preparó lentamente para la guerra, y los primeros enemigos á quienes atacó fué á los filisteos, á los cuales derrotó en muchos encuentros, reduciéndolos á tal estado de debilidad que jamás salieron del estado de postracion en que los arrojó.

Peró Judá pagaba aun un tributo á los reyes de Asiria, y Ezequias no quiso someterse á semejante prueba de esclavitud. Sennaquerib, rey de de Asiria, resolvió tomar una venganza espantosa de aquella afrenta, y avanzó hácia las tierras de Judá con un ejército de doscientos mil hombres.

Ezequias no contaba con un ataque tan violento; pero sin embargo no perdió el ánimo, y colocó su confianza en el Señor. Puso en seguida á Jerusalem en

estado de poder sostener un largo sitio, esperando debilitar así á sus enemigos, y solo dejó en los alrededores de la ciudad un raudal de agua abundante que llegaba á Jerusalem por un acueducto que Salomon habia mandado construir.

Se propusieron tapar el manantial, separar el curso de las aguas por debajo de tierra, y construir otro camino, á fin de que los habitantes pudiesen surtirse de ella exclusivamente, y los enemigos careciesen de este artículo indispensable.

Todo el pueblo se puso á trabajar, y á poco se concluyó aquella obra gigantesca.

Las murallas de la ciudad se venian abajo, y se ocuparon en repararlas: los arsenales no tenian armas y las fabricaron.

Cuando todos estos preparativos estuvieron hechos, Ezequias reunió al pueblo en la plaza mayor, y le dijo:

«La guerra nos amenaza, y el enemigo no está lejos: portaos como hombres de valor; el rey de Asiria avanza con un ejército numeroso; pero vosotros no os asustareis, porque os protege un brazo poderoso al cual nada resiste. El Señor, si es preciso, enviará en nuestro socorro legiones enteras.»

La confianza del rey se comunicó al pueblo, y redobló su valor.

Sennaquerib se adelantó hácia la tribu de Benjamín, resuelto á hacerse dueño de todas las plazas fuertes del reino antes de intentar el asedio de la capital.

Se apoderó de muchas ciudades sin demasiada resistencia; pero al llegar á Lachis encontró un obstáculo que no esperaba.

Esta ciudad se defendió con un valor prodigioso.

Ezequias creyó que la ocasion era favorable, y diputó embajadores para que negociasen con Sennaquerib. Este príncipe consintió facilmente en lo que le proponian, y pidió trescientos talentos de plata y treinta de oro, prometiéndole retirarse cuando hubiese recibido esta suma.

Ezequias reunió el oro amontonado en el templo, se desprendió de todas sus riquezas, y logró completar el tributo pedido.

Cuando Sennaquerib lo tuvo en su poder, respondió á los enviados de Ezequias que su soberano se engañaba torpemente si creía que pagando aquella suma hacia otra cosa que indemnizarle del tributo que le había negado; que aun tenia que castigarle por su rebelion, y que iba á hacerlo.

Luego que Ezequias supo esta traicion, cayó gravemente enfermo. El profeta Isaías se le presentó delante y le dijo: «príncipe, he aquí las palabras del Señor: pon en orden tu casa, porque se acerca tu fin, y vas á morir.»

El desgraciado príncipe no exhaló ni siquiera un murmullo; pero rompió á llorar pensando en el deplorable estado en que iba á dejar su reino.

«Señor, exclama con dolor, ¿qué os he hecho? porqué me herís en este momento? acordaos de que desde jóven siempre he cumplido vuestras órdenes, y que siempre he hecho lo que creía os era grato; tened piedad de mí, Dios mio!»

El señor acogió favorablemente la plegaria del santo rey, y al cabo de algunos dias recobró esta la salud, yendo á aumentar la confianza del santo monarca esta prueba de la bondad divina.

III.

El angel exterminador. — Muerte de Sennaquerib.

Aun resistia la ciudad de Laquis, y sus habitantes estaban decididos á no rendirse sino en último extremo. Pensado Sennaquerib que dentro de pocos dias estaría en su poder la plaza, separó parte de sus tropas y puso un destacamento á las órdenes de tres de sus mejores oficiales.

Les mandó que hiciesen cuanto pudieran para atraer

al rey á una conferencia secreta y apoderarse de él, ó á lo menos que intimasen á la ciudad se rindiese, asustando á sus habitantes con las amenazas mas terribles.

Las tropas asirias marcharon sobre Jerusalem, y temiendo Ezequias alguna sorpresa, envió á tres de sus oficiales para conferenciar con los de Sennaquerib.

Estos se mostraron fieros y arrogantes, pronunciaron horribles blasfemias contra el Señor, y juraron destruir la ciudad si no se rendia.

Isaias á quien consultó el rey respondió en nombre del Señor:

«No hay que asustarse de esos discursos impíos de vuestros enemigos, ni de las blasfemias que se han atrevido á proferir: á mí me corresponde vengar de un modo notable la gloria de mi nombre. Bien pronto dejará de ultrajarme Sennaquerib.»

Ezequias escuchó las palabras del profeta con profundo respeto, y á poco supo la toma de Laquis, pero no se disminuyó su confianza. El rey de Asiria se apoderó sucesivamente de muchas plazas fuertes; mas al llegar á Lobna supo que Tharaca, rey de los etíopes, se dirigia contra él. Envio al momento nuevos mensajeros á que amenazasen á Jerusalem, y el profeta Isaias aseguró al Santo rey en nombre del Señor que pronto se vería libre su reino.

El Dios Todopoderoso envió durante la noche un angel exterminador hácia el ejército asirio á la sazón en que el rey y sus oficiales y soldados estaban sumergidos en un profundo sueño. Cuando Sennaquerib despertó se hallaban tendidos en el suelo sin vida ciento ochenta y cinco mil hombres de su ejército.

Al ver semejante espectáculo la sangre se le hiela en las venas, y cubierto de confusion, desesperado, huye á buscar asilo en la capital de su reino, donde por espacio de cuarenta dias se ocupó en hacer sufrir los tratamientos mas espantosos á los israelitas cautivos.

Al cabo de este tiempo fué asesinado por sus dos hijos; Adramelech y Sarasar en el templo de sus ído-

los, en el momento en que quemaba incienso en honor de estos.

Los parricidas huyeron á la Armenia y dejaron el trono á su hermano Asarhaddon, quien, temiendo la suerte de su padre, abandonó la guerra contra Judá sin exigir tributo.

El pueblo de Jerusalem supo bien pronto los prodigios que el Señor había llevado á cabo en su favor, salió de la ciudad y halló inmensas riquezas en el campamento de los asirios.

NO OS BURLEIS DE LOS ENFERMOS.

Un pobre trabajador, cuyos cabellos habían encanecido la edad, la miseria y el trabajo, fué llevado en 1832 al tribunal de policía correccional de Bruselas, pues se le acusaba de un asesinato cometido por imprudencia. En el banco de los testigos había varios chicos, quienes al parecer esperaban con impaciencia que empezasen los debates.

Al fin entró en sesión el tribunal, y el presidente interrogó al acusado, el cual pálido y con la desesperación pintada en su rostro se expresó así:

«Me llamo José Vanblost; pero como tengo la desgracia de ser estevado me llaman *Jeph el Crom* (1). Hace cuarenta años que me ocupo en picar piedras, y desde entonces soy la víctima de toda la pillería del cuartel. Cuando los *capones* (2) se contentan con decirme malas palabras, no respondo y punto concluido; pero algunas veces se ponen á bailar en torno mio, y de este modo me impiden ocuparme en mi faena y ganar mi vida, porque no podría romper la cadena que forman sin causar algunas desgracias. Algunas veces también me

(1) Palabra flamenca que significa estevado.

(2) Equivale á pilluelo.

persiguen, tirándome en medio de su gritería patatas podridas, y entonces suelo enfadarme.... Ay! Dios mio! esto es lo que sucedió el día de la desgracia que me tiene aquí. Eran unos doce, y me perseguían gritando: «buenos días, Jeph el *Crom*; toma, Jeph el *Crom*!» Y cuando se les acabaron las patatas, me tiraron piedras.... Entonces tuve la desgracia de encolerizarme, y como persiguiese á uno que gritaba mas que los otros: «Jeph el *Crom*! Jeph el *Crom*!» sucedió que al volver la cabeza para ver si yo le seguía, sin dejar de correr, fué á caer en el canal, y desapareció bajo una lancha.... Yo, señor presidente, me arrojé al agua, y de buena gana hubiera dado mi vida por salvar la del pobre muchacho; pero Dios no lo ha querido, y el infeliz ha muerto!»

El trabajador rompió á llorar, y preguntados en seguida los chicos llamados como testigos, confirmaron en un todo la declaracion del acusado.

«Queridos niños, exclama este último levantándose como inspirado, dad gracias al cielo porque teneis sanos vuestros miembros, y no os burleis de los enfermos, pues si soy estevado es por la voluntad del Señor.»

El anciano fué absuelto, y á pesar del suceso de que habia sido causa, conservó el aprecio de los hombres de bien.

A UN RUISEÑOR.

Pobre pájaro perdido
De la selva en la espesura,
Si tú lanzas un quejido,
Lloro yo mi desventura.
Si tu acento,
Triste y vago,
A perderse va en el viento,
Las claras aguas del lago
Con mis lágrimas yo aumento,
Y se pierden, ruiñeñor,
Cual tu acento de dolor.

Si lanza pura y serena
 Sus rayos la blanca luna,
 Gimes tú en la selva amena
 Y yo al pie de la laguna.
 Sin que el día
 Con su lumbre

Suspenda tu melodía
 Ni mate mi pesadumbre,
 Que otra selva mas umbría
 Blanda acoge, oh ruiñeñor,
 Tu lamento y mi dolor.

Deploras tu soledad
 Y mi soledad deploro;
 De una amante la impiedad
 Lloras tú cual yo la lloro...

Tu reclamo
 Desatiende
 Saltando de ramo en ramo,
 Y la mía no comprende
 Mis tormentos si la llamo....
 No las mueven, ruiñeñor,
 Tu reclamo y mi dolor!

Mas sigamos tú cantando,
 Y yo, ruiñeñor, gimiendo;
 Tu quejas al viento dando,
 Yo mil lágrimas vertiendo.

Argentina
 Tu voz lanza;
 Yo en esa selva vecina
 Gemiré sin esperanza,
 Y el dolor que me domina
 Tal vez cese, oh ruiñeñor,
 Con tu acento de dolor.

TEÑORIO.

